

había convenido con Severina, arrojó tres pequeños guijarros sobre el ventanillo de la sala roja; después cruzó por detrás de la casa, donde una puerta coneluyó de abrirse silenciosamente. Habiéndola cerrado á su espalda, siguió unos pasos ligeros que subían la escalera á tientas en la oscuridad. Pero arriba, con la luz de la tosca lámpara colocada en un extremo de la mesa, cuando vió la cama deshecha, los vestidos de la joven tendidos á través de una silla y ella misma en camisa, con las piernas desnudas, con el tocado dispuesto para dormir, con sus cabellos esparcidos, atados en la nuca, destacándose el cuello, se quedó inmóvil de sorpresa.

—¡Cómo! ¿Te has acostado?

—Sin duda así es mejor.... Es una idea que he tenido. Ya comprendes, cuando llame y baje yo á abrirle como estoy ahora, desconfiará menos del lazo que se le tiende. Le contaré que estaba con jaqueca. Ya Misard está en la creencia de que estoy mala. Así podré decir que no he salido de esta habitación cuando mañana por la mañana lo encuentren abajo sobre la vía.

Santiago entretanto temblaba, se exaltaba.

—No, no, vístete.... Tienes que estar levantada. No puedes quedarte así.

La joven se sonrió sorprendida.

—¿Y por qué, querido? No tengas cuidado; te aseguro que no siento frío.... Y si no, mira; ¡si me ahogo de calor!

Con un movimiento mimoso se acercó á Santiago para suspenderle al cuello sus brazos des-

nudos, alzando su seno redondo, descubierto sobre la camisa, que había resbalado por uno de los hombros. Mas como el hombre se retiraba, poseído de una irritación creciente, la joven fué dócil.

—No te enfades, voy á meterme en la cama. Así no tendrás miedo de que coja un mal.

Cuando estuvo acostada, con la sábana bajo la barba, Santiago pareció, en efecto, calmarse algo. Por otra parte, Severina continuaba hablando en tono tranquilo, explicándole cómo había arreglado todas las cosas en su imaginación.

—Apenas llame, bajaré á abrirle. Primero tuve la idea de dejarle subir hasta aquí, donde tú le esperarías. Pero para bajarle después, tendríamos algunas complicaciones; y además, en esta habitación el suelo es de madera, mientras que el del zaguán es enlosado, siéndome más fácil lavarle si hubiera manchas.... Hace poco, cuando me desnudaba, recordaba una novela donde cuenta el autor que un hombre, para matar á otro, se había puesto desnudo. ¿Comprendes? Se lava uno después, no hay sobre las ropas ni una sola salpicadura.... ¿Qué te parece? ¿Si tú también te desnudaras?.... ¿Si nos quitáramos las camisas?

Aturdido, la miró Santiago. Pero ella conservaba su rostro sereno, sus ojos claros de muchacha preocupada simplemente del éxito del crimen. Este parecía haberse ya consumado en su imaginación. Santiago, al evocar sus dos desnu-



deces, bajo las salpicaduras del asesinato, fué dominado, sacudido por un estremecimiento abominable.

—No, no..... Vamos á parecer salvajes. ¿Por qué, entonces, no comerle también el corazón? ¿Le detestas tanto?

La faz de Severina se había cubierto bruscamente de sombras. Aquella pregunta la lanzaba, desde sus preparativos de mujer prudente, á los horrores del arte. Sus ojos se bañaron de lágrimas.

—He sufrido mucho desde hace algunos meses; no puedo amarle demasiado. Cien veces lo he dicho: todo lo acepto, menos quedarme con ese hombre una semana más. Pero tienes razón, es horrible que tengamos que proceder de ese modo; es menester que sintamos un verdadero deseo de vivir juntos para hacer esto..... En fin, bajaremos sin luz. Tú te pondrás detrás de la puerta, y cuando yo la haya abierto y él haya entrado, tú obrarás como quieras..... Yo, si me ocupo en este asunto, es para ayudarte, es para que toda la faena no esté exclusivamente á cargo tuyo. Yo lo he arrojado lo mejor que he podido.

Delante de la mesa se había detenido Santiago, viendo la navaja, el arma que había servido al propio marido, y que Severina acababa de poner evidentemente allí, para que su amante matase con ella al marido. Abierta por completo la navaja lucía bajo la lámpara. La tomó Santiago, y la examinó. Severina callaba, mirándola

también. Puesto que ya la tenía en sus manos, era inútil hablarle de ella. La joven no continuó hablando, sino después de que su amante la hubo depositado en la mesa.

—¿No es así, querido? No soy yo quien te lo manda. Yo aceptaré todo, antes que turbar tu existencia. Aún es tiempo; vete, si no te encuentras con valor.

Pero con un ademán violento, manifestó el hombre su firmeza.

—¿Me tomas acaso por un cobarde? Esta vez no hay que hablar más, lo haré, lo he jurado.

En este momento la casa fué sacudida por el estrépito de un tren, que pasaba como un rayo, tan cerca de la habitación, que parecía atravesarla con su fragor. Santiago dijo:

—Este es su tren, el directo de París. Ya habrá bajado en Barentín, y aquí estará dentro de media hora.

Ni él ni Severina volvieron á hablar, reinó un largo silencio. Allá lejos veían aquel hombre que avanzaba por estrechos senderos en medio de la obscura noche. Santiago, mecánicamente, había empezado á andar á su vez por la habitación como si hubiera contado los pasos del otro, al cual cada minuto iba acercando. Otro paso más, otro más; cuando diera el último se emboscaría detrás de la puerta del zaguán y le envasaría la navaja en el cuello apenas entrara. Severina, con la sábana hasta la barba, acostada boca arriba, con sus hermosos ojos fijos, miraba ir y venir á su amante, mecido su espíritu por la



cadencia de la marcha de Santiago, cadencia que llegaba á su oído como un eco de pasos dados en otra parte. Y seguían sin cesar uno tras otro, sin detenerse por nada. Cuando se hubieran dado todos, la joven saltaría del lecho, bajaría á abrir descalza, sin luz. «¿Eres tú, amigo mío? entra, me había acostado.» Y el marido no respondería palabra, caería en la obscuridad con el cuello abierto.

Pasó otro tren, éste descendente, el mixto que se cruzaba con el directo antes de la Croix-de-Maufras á cinco minutos de distancia. Santiago se detuvo sorprendido. ¡Cinco minutos solamente! ¡qué largo sería esperar aún media hora! Una necesidad de movimiento le impulsaba y volvió á pasear de un extremo á otro de la habitación. Preguntábase con inquietud semejante á esos hombres á quienes un accidente nervioso paraliza su virilidad: «¿podré?» Conocía en sí la marcha del fenómeno por haberla seguido en más de diez ocasiones: primero, una certeza, una resolución absoluta de matar; luego una opresión en el estómago, un enfriamiento de pies y manos; y de pronto el desfallecimiento, la inutilidad de la voluntad sobre los músculos dejándolos inertes. A fin de excitarse por el razonamiento se repitió lo que se había dicho tantas veces: su interés en suprimir aquel hombre, la fortuna que le esperaba en América, la posesión de la mujer que amaba. Lo peor era que hacía un instante, habiendo encontrado á aquella medio desnuda, había creído frustrado el golpe; porque cesaba de pertene-

cerse desde que aparecía el antiguo calofrío. Durante un momento había temblado ante la tentación sobrado fuerte: la mujer ofreciéndose; la navaja abierta en su mano. Pero ahora se encontraba en tensión para el esfuerzo. Podría. Y continuaba esperando á su hombre, paseando por la estancia desde la puerta á la ventana, pasando en cada vuelta cerca del lecho, que no quería ver.

Severina, en este lecho, donde los dos se habían amado durante las ardientes y negras horas de la noche precedente, continuaba sin moverse. Con la cabeza inmóvil sobre la almohada, seguía con la vista el vaivén de su amante, ansiosa también, agitada por el temor de que de nuevo se acobardase Santiago. Concluir con aquél, comenzar con éste, no deseaba otra cosa, en el fondo de su inconsciencia de mujer sensible sólo al amor, complaciente con el hombre, esclava del que la poseía, sin corazón para el otro, que jamás había deseado. Se desembarazarían de él, puesto que estorbaba, nada más natural; y tenía que hacer uso de la reflexión para conmoverse de la abominación del crimen; desde que la imagen de la sangre, de las complicaciones horribles se borraba, Severina recobraba su calma sonriente, con su rostro de inocencia, tierno y dócil. Sin embargo, ella, que creía conocer bien á Santiago, se admiraba de encontrarlo tan cambiado.

Tenía el hombre su cabeza redonda de guapo mozo, sus cabellos rizados, sus bigotes negrísimos, sus ojos oscuros con fulgores de oro; pero



su mandíbula inferior avanzaba tanto, á manera de hocico, que se hallaba desfigurado. Al pasar junto á ella acababa de mirarla, á pesar suyo, y el brillo de sus ojos se había empañado con una neblina roja, en tanto que se echaba para atrás, en un movimiento de todo su cuerpo. ¿Por qué se separaba de ella? ¿Era que su valor, una vez más le abandonaba? Tiempo ha, que en la ignorancia del continuo peligro de muerte que corría la joven al lado de aquel hombre, explicábase el miedo sin causa ostensible, instintivo, que experimentaba por el presentimiento de una ruptura próxima. Bruscamente, tuvo la convicción de que, si también esta vez vacilaba en matar, huiría para no volver. Entonces decidió que mataría, que sabría darle fuerzas si era necesario. En este momento pasaba un nuevo tren, un tren de mercancías, interminable, cuya cola de wagones parecía rodar hacia una eternidad en el silencio pesado de la habitación. Severina, incorporada sobre su codo, esperaba que aquella sacudida de huracán se hubiese perdido á lo lejos, en el fondo de los campos dormidos.

—Aún queda un cuarto de hora—dijo Santiago en voz alta. —Ya debe haber pasado el bosque de Becourt; está á mitad de camino. ¡Ah! ¡cuánto tarda en llegar!

Pero al volver de la ventana, encontró en pie delante del lecho á Severina, en camisa, que le esperaba.

—Si bajáramos con la lámpara—explicó ella—verías el sitio, te colocarías, te mostraría cómo

abriré yo la puerta, y qué movimiento tendrás que hacer.

Santiago, tembloroso, cejaba.

—No, no, deja la lámpara.

—Oye un poco, la soltaremos en seguida. Hay que prepararse, sin embargo.

—No, no, acuéstate.

No obedecía, marchaba, por el contrario, á su encuentro, con la sonrisa invencible y despótica de la mujer que conoce su omnipotencia en el deseo. Cuando le tuviera entre los brazos el hombre cedería ante su carne, haría lo que ella quisiera. Y continuaba hablándole, con una voz de caricia para vencerlo.

—Vamos, querido mío, ¿qué tienes? Diríase que te infundo miedo. Apenas me acerco, huyes. Y si supieras en este momento cuánta necesidad tengo de apoyarme en tí, de sentir que estás á mi lado, que estamos de acuerdo para siempre, para siempre, ¿comprendes?

Severina había concluido por empujarlo hasta la mesa; ya Santiago no podía huirla más, y la miraba, á la viva claridad de la lámpara. Jamás la había visto de aquel modo, con la camisa tan abierta, que aparecía toda desnuda, desde el cuello hasta sus apretados senos. Se ahogaba luchando, ya arrebatado, aturdido por el oleaje de su sangre, presa del abominable raptio. Y se acordaba de que la navaja estaba allí detrás, en la mesa; la sentía, no necesitaba sino alargar la mano.

Con gran esfuerzo, logró balbucear:



—Acuéstate, te lo suplico.

Severina creía no engañarse: era el grandísimo deseo que experimentaba por ella, lo que le hacía temblar de aquel modo. Sintió la mujer cierto género de orgullo. ¿Por qué le obedecía, por qué ella quería ser amada, aquella noche, tanto como podía él amarla, hasta volverse loco? Con una flexibilidad mimosa seguía acercándose á él; casi se le echó encima.

—Vaya, bésame, bésame con fuerza, como me amas. Los besos nos darán valor.... ¡Ah! sí, valor, bastante lo necesitamos. Preciso es amarse de una manera distinta á los demás, más que los demás, para hacer lo que vamos á hacer.... Bésame con todo tu corazón, con toda tu alma.

Atragantado, Santiago no chistaba. Un clamor de multitud en su cráneo le impedía oír nada; mientras que mordeduras de fuego, detrás de las orejas, le agujereaban la cabeza, se extendían por sus brazos; sus piernas le lanzaban de su propio cuerpo, bajo el galope de aquel otro ser, de la bestia invasora. Sus manos no iban á ser suyas, en la embriaguez fortísima de aquella desnudez de mujer. Los senos desnudos se aplastaban sobre sus ropas, el cuello desnudo se ofrecía, tan blanco, tan delicado, con tan irresistible tentación; y el olor cálido y áspero, soberano, acababa de arrojarle en un furioso vértigo, en un balanceo sin fin, donde zozobraba su voluntad, arrancada, aniquilada.

—Bésame, querido mío, mientras que disponemos de un minuto.... No olvides que pronto

estará aquí. De un instante á otro puede llamar... Puesto que no quieres que bajemos, acuérdate bien; yo abriré, tú estarás tras la puerta, y no aguardes, sino enseguida, ¡oh! enseguida, para concluir pronto.... ¡Te amo tanto! ¡Seremos tan felices! El no es sino un malvado que me ha hecho sufrir mucho; es el único obstáculo de nuestra dicha.... ¡oh! bésame muy fuerte, muy fuerte; bésame como si me comieras, para que nada quede mío después de tí.

Santiago, sin volverse, con su mano derecha palpaba por detrás. Había cogido la navaja. Y durante un momento permaneció así con ella, apretándola entre su puño. ¿Era su sed, que se habría despertado? ¿su sed de vengar ofensas muy antiguas, cuya exacta memoria hubiera perdido? ¿un rencor amasado de hombre en hombre, desde la primera traición femenina, en el fondo de las cavernas? Fijaba en Severina sus ojos de loco; no experimentaba otro deseo que echársela muerta á la espalda, como una presa arrancada á los enemigos. La puerta espantosa se abría sobre este negro abismo del sexo, el amor hasta en la muerte, destruir para poseer más.

—Bésame, bésame....

Severina alzaba su rostro sumiso, con una ternura suplicante, descubría su cuello desnudo, en la unión voluptuosa con el seno. Y Santiago, viendo aquella carne blanca, como entre ráfagas de incendio, levantó el puño, armado con la navaja. Pero la mujer percibió el relámpago del acero y se echó atrás, pasmada de estupor y de espanto.



—¡Santiago! ¡Santiago!..... ¿A mí? ¡Dios mío!..... ¿Por qué? ¿por qué?

Apretados los dientes, Santiago no pronunciaba palabra, la perseguía. Una corta lucha la llevó junto al lecho. Cejaba, extraviada, sin defensa, arrancada la camisa.

—¿Por qué? ¡Dios mío! ¿por qué?

Y Santiago abatió el puño, y la navaja se clavó en la garganta. Al herir revolvió el arma, merced á una horrorosa necesidad de la mano que se saciaba; el mismo golpe del presidente Grandmorin, en el mismo sitio, con igual rabia. ¿Había gritado la mujer? Jamás lo supo su amante. En aquel momento pasaba el exprés de París, tan violento, tan rápido, que tembló el suelo; y Severina estaba allí, muerta, como por un rayo de aquella tempestad.

Inmóvil, mirábala ahora Santiago, tendida á sus pies, delante del lecho. El tren se perdía á lo lejos, y Santiago contemplaba á su víctima en medio del pesado silencio de la habitación roja. Entre aquellas colgaduras rojas, aquellas cortinas rojas, la mujer en el suelo, se desangraba abundantemente, con una ola rojiza que corría entre sus senos, se extendía sobre el vientre hasta un muslo, desde donde caía en gruesas gotas sobre el entarimado. La camisa, medio hendida, estaba empapada. Jamás Santiago pudo creer que aquella mujer tuviera tanta sangre. Y lo que le retenía preocupado, era aquella mueca de abominable terror que adoptaba en la muerte aquella cara de mujer bonita, dulce, tan dócil. Los

negros cabellos se habían erizado, semejantes á un casco de horror, sombrío como la noche. Los ojos de violeta, agrandados desmesuradamente, seguían preguntando ansiosos, aterrados del misterio. ¿Por qué, por qué la había asesinado? Y la pobre mujer acababa de ser inmolada, arrastrada por la fatalidad del asesinato; niña inconsciente, para quien la vida había rodado desde el fango hasta la sangre, tierna é inocente no obstante, sin que jamás hubiera llegado á comprender las cosas por completo.

De pronto Santiago quedóse atónito. Había oído un resoplido de bestia, un gruñido de jabalí, un rugido de león; pero se tranquilizó: era él que respiraba. Al fin, al fin, estaba satisfecho, había matado. Sí, había hecho esto. Una alegría desenfundada, un goce enorme le soliviantaba, en la plena satisfacción del eterno deseo. Experimentaba una sorpresa de orgullo, un engrandecimiento de su soberanía de macho. Había matado á una mujer, la poseía, como ha tiempo deseaba poseerla: toda entera, hasta aniquilarla. Aquella mujer ya no existía, jamás sería ya de nadie.

Y un recuerdo agudo le sobrevino, el del otro asesinado, el cadáver del presidente Grandmorin, que él había visto en noche terrible, á quinientos metros de aquel sitio. El cuerpo delicado que ahora tenía delante, tan blanco, rayado de rojo, era el mismo andrajo humano, el muñeco roto, la tela ajada en que un navajazo convierte á una criatura. Sí, no era más que esto. Había



matado, y yacía aquello tirado en el suelo. Como el otro, la mujer acababa de tumbarse, pero panza arriba, con las piernas abiertas, el brazo izquierdo replegado bajo el costado, torcido el derecho, medio arrencado del hombro. ¿No había sido aquella noche, cuando latándole el corazón con violencia, se había jurado tener valor alguna vez, hostigado por un prurito de matanza, que se exasperaba como una concupiscencia, ante el espectáculo del hombre degollado? ¡Ah! ¡No ser cobarde, satisfacerse, hundir el cuchillo hasta las cachas! Obscuramente había germinado aquello, había crecido en su interior; desde hacía un año no pasaba una hora sin que no hubiese marchado hacia lo inevitable; hasta cuando estaba suspenso del cuello de aquella mujer, bajo sus besos, trabajaba sordamente en sus ansias; y las dos muertes se habían enlazado; ¿no era la una lógica consecuencia de la otra?

Un fragor de destrucción, una sacudida del piso, sacaron á Santiago de la contemplación estúpida en que se hallaba frente á la muerta. ¿Volaban las puertas hechas añicos? ¿Era gente que venía á prenderle? Miró y no halló en torno de sí sino soledad sorda y muda. ¡Ah! Sí, era otro tren. ¿Y el hombre que iba á llamar abajo? ¿el hombre á quien él había querido matar? Lo había olvidado completamente. ¿Y qué? ¿Qué había sucedido? La mujer que amaba, que le había amado con pasión, yacía allí con el cuello abierto; mientras que el marido, el obstáculo de su dicha, vivía aún, seguía avanzando paso á paso entre las tinieblas. A aquel

hombre á quien desde hacía meses venía librándole los escrúpulos de su educación, las ideas de humanidad lentamente adquiridas y trasmitidas, no había podido esperarle; y á despecho de su interés, acababa de ser arrebatado por la herencia de violencias, por aquella necesidad de matanza, que en los bosques primitivos arrojaban á una bestia sobre otra. ¿Acaso razona nadie para matar? No se mata sino bajo la impulsión de la sangre y de los nervios, resto de las antiguas luchas, necesidad de vivir y alegría de ser fuerte. Santiago sentía ahora el cansancio del hartazgo y se confundía, trataba de comprender, sin encontrar otra cosa, en el fondo mismo de su pasión satisfecha, que la sorpresa y la triste amargura de lo irreparable. La presencia de la desgraciada, que seguía mirándole con su interrogación de terror, producía un efecto atroz. Quiso volver los ojos y experimentó la sensación aguda de que otra figura blanca se erguía al pie del lecho.

¿Era una duplicación de la muerte? Luego reconoció á Flora. Ya se le había aparecido, mientras que estaba con la fiebre, después del accidente; sin duda triunfaba, vengada en este momento. Le heló el espanto, y se preguntó qué hacía allí detenido en aquella estancia. Ya había matado; estaba óbito, saciado, ebrio con el vino horrible del crimen. Y tropezó con la navaja, caída en el suelo; huyó, bajó atropelladamente la escalera, abrió la puerta grande de la entrada, como si la pequeña no hubiera sido bastante an-



cha para su salida, y se lanzó afuera, en medio de aquella noche de tinta, perdiéndose con un galope furioso.

No se había vuelto para cerrar; la sombría casa, plantada de través al borde de la vía, permaneció abierta y desolada detrás del fugitivo, en su abandono de muerte.

Cabuche, aquella noche como las demás, había saltado la barrera, y estaba rondando bajo la ventana de Severina. No ignoraba que era esperado Roubaud; no le sorprendió la luz que filtraba por las hendiduras de los postiguillos. Pero aquel hombre, saliendo disparado del zaguán, aquel galope rabioso de bestia alejándose por el campo, acababan de paralizarle de sorpresa. Ya no era tiempo de ponerse en persecución del fugitivo; el cantero permaneció atontado, lleno de inquietud y de vacilación ante la puerta, de par en par, bostezando sobre la enorme boca negra del vestíbulo. ¿Qué pasaba? ¿debía entrar? El pesado silencio, la inmovilidad absoluta, en tanto que la lámpara seguía encendida arriba, le oprimían el corazón con creciente angustia.

Al fin se decidió, subió á tientas. Ante la puerta del aposento, que también había quedado abierta, se detuvo de nuevo. En medio de la claridad tranquila, parecióle ver, allá lejos, un montón de enaguas delante del lecho. Sin duda Severina se había desnudado suavemente; llamó sobrecoigido de turbación, latiéndole las arterias con grandes golpes. Luego vió la sangre, comprendió lo ocurrido, se lanzó con un grito terri-

ble que salía de su corazón desgarrado. ¡Oh Dios! era ella, asesinada, arrojada allí en su triste desnudez. Creyó que respiraba aún, y sintió tal desesperación, una vergüenza tan dolorosa, viéndola agonizar desnuda, que la cogió con raptó fraternal entre sus brazos, la levantó, la posó en la cama, cubriéndola con una sábana. Pero en este abrazo, la única ternura que había existido entre él y ella, se había manchado de sangre las dos manos y el pecho. Todo él chorreaba sangre de su amada.

Y en este momento vió que Roubaud y Misard estaban allí. Ellos también acababan de decidirse á subir, hallando todas las puertas abiertas. El marido llegaba retrasado, se había detenido para hablar con el guardabarrera, que le acompañó después, prosiguiendo la conversación. Ambos, pálidos, estúpidos, miraban á Cabuche, cuyas manos sangreaban como las de un carnicero.

—El mismo golpe que para el presidente—dijo al fin Misard, examinando la herida.

Roubaud meneó la cabeza sin responder, sin poder separar sus miradas de Severina, de aquella máscara de abominable terror con los cabellos erizados sobre la frente, los ojos azules desmesuradamente ensanchados, que seguían preguntando la causa del asesinato.